

HELENA TORRES SBARBATI

AUTOPSIA DE UNA LANGOSTA

**UHF**

© Helena Torres Sbarbati, 2010

© Editorial Melusina, s.l.

[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

Ilustraciones de cubierta y solapa: Esperanza Moreno,  
*Autopsia I y Autopsia II.*

Diseño y maquetación: Carolina Hernández Terrazas

Primera edición, 2010

Reservados todos los derechos

ISBN: 978-84-96614-91-8

Impresión: Romanyà Valls, s.a.

Depósito legal: B.33.806-2010

Impreso en España

## CONTENIDO

Desayuno	9
Primera parada: <i>Estiu</i>	43
Almuerzo	57
Preludio a la siesta de una ninfa	71
Un aperitivo	88
Segunda parada: <i>Tardor</i>	92
Otro aperitivo	105
Tercera parada: <i>Hivern</i>	123
El mejor vino	126
Cuarta parada: <i>Primavera</i>	148

## Primera parada: *Estiu*\*

No comeréis con sangre  
Levítico, 19:26

El asfalto rezumaba desorden. Para una recién llegada a la ciudad como Lorelei, el vapor que impregnaba la suela de sus sandalias era una invitación al exceso.

Nunca había vivido en una ciudad tan abigarrada. Hasta entonces, había estado más cerca de las llanuras que de los acantilados. Pero había llegado a Barcelona tras un largo periplo, y la exageración del verano portuario llenaba su exilio de luz y color.

En un lugar donde nadie la conocía, todo era por venir, todo fugaz, volátil, olvidable. El tiempo tomaba otra dimensión; devenía fantasmagórico, flexible, permisivo. Tiempo presente.

Lorelei comenzó a habitar las entrañas de aquella ciudad en plena fase olímpica, perdiéndose a veces en sus tumores. Fue víctima del arrullo seductor de las Ramblas, ese arroyo tumultuoso que atraía a contingentes de turistas para extrañarles en sus bazares africanos con productos *Made in Spain*

\* Verano, en catalán.

y en su mercado de la Boquería emulando un zoco árabe; se decepcionó frente a la estatua en memoria del primer colonizador europeo, con su brazo levantado señalando un falso mar de posibilidades; se dejó deslumbrar por la oscuridad del entonces llamado Barrio Chino con sus colores y sangres diversas, sus eternas luces policiales y esas fronteras invisibles que le separaban del barrio del Ensanche y de sus calles ordenadamente paralelas numeradas para engañar, una especie de planicie urbana que separaba el hervidero de la ciudad antigua del silencio cerrado de los barrios residenciales.

La geografía inventada para vestir la ciudad de un cosmopolitismo mediterráneo de última generación se le reveló como una mesa plena de exquisitos manjares, aunque cuando intentara probarlos el sabor contradijera su pretendida opulencia.

La primera vez que entró al Barrio Chino de noche, guiada por uno de sus anfitriones, llevaba zapatos de tacón. Mientras recorrían las calles en dirección al bar Marsella a tomar absenta, el *tac-tac tac-tac* hacía un eco terrorífico a cada paso. Su compañero no pudo evitar un:

—¡Me pone súper nervioso ese ruido! No es el calzado adecuado para este barrio. Estamos llamando mucho la atención.

Pero ella le miró con desconcierto. No entendía por qué tenía que sentirse intimidada por la gente de color oscuro y los grupos chillones de turistas que circulaban por los callejones oscuros y hediondos. Ella había trajinado las llamadas *villas miserias* sin pensar en los riesgos, y le parecía absurdo pasar miedo en el corazón de una ciudad europea de diseño. Sin embargo, al día siguiente los zapatos de tacón fueron bienvenidos en la basura.

Aunque hacía ya tiempo que había renunciado al sitio escogido para ella, este viaje recién estrenado le había llevado a

un lugar más allá de toda frontera. A los diecisiete años había marchado de casa, empujada quizás por su rechazo a las im-  
posiciones, pero también respondiendo a la invitación de bus-  
car un lugar en el que sus formas no desbordaran los marcos  
establecidos. Pero este nuevo territorio a descubrir le ofrecía  
la posibilidad de jugar con la distancia y la ignorancia ajena:  
nadie la conocía y, sobre todo, a nadie le importaba un bledo  
su existencia. Podía acostarse como sirena y amanecer como  
insecto sin que nadie notara la diferencia.

Aquellos primeros tiempos en que el exilio se le hizo carne,  
Lorelei escribía casi compulsivamente. Sabía que expresarse  
era una de las pocas armas para esgrimir contra la locura a la  
que puede abocar el desplazamiento espacio-temporal. Y para  
ella expresarse era jugar con palabras.

Escribir estaba bien, pero a veces sentía que lo único que  
consegua con ese exorcismo era hablar de las cosas con nom-  
bres ya otorgados. Eso le hacía sentirse hipócrita y, si hay algo  
que detestan quienes sienten que no les queda nada por per-  
der, es la hipocresía. ¿A qué disfrazar los insultos? ¿Qué sen-  
tido tenía cubrir con sábanas los fantasmas? Lorelei prefería  
llegar hasta el final de las cosas, aunque a veces los túneles son  
tan profundos que el miedo puede asaltarnos desde cualquier  
rincón oscuro.

Y eso fue lo que finalmente ocurrió. Un miedo con traje de  
altruismo se le apareció una noche, y Lorelei lo acogió como a  
un niño huérfano ahogándose en un mar de soledad.

Es probable que el miedo hubiera estado incubándose en  
el desgarró provocado por el exilio. Lorelei había sufrido una  
vez una rotura muscular durante una clase de danza. Estaba  
estirando los abductores con la espalda inclinada hacia delante

cuando, de repente, un ¡trac! le sonó en el tendón. Desde que había llegado a la ciudad mediterránea, un músculo desconocido emitía el mismo ruido en algún lugar recóndito de su ser.

Al mismo tiempo, le invadía una sensación de libertad que no había sido siquiera capaz de adivinar antes de iniciar su viaje de ida.

Sentirse libre era como estar de pie al borde de un abismo, con los brazos abiertos en cruz, en frágil equilibrio entre el salto al vacío y la caída hacia atrás.

La sensación de ser un punto insignificante en el espacio abierto era, cuanto menos, embriagadora. En los peores casos, esta sensación le quitaba el aliento. Pero cuando era capaz de ver el mundo con los ojos cerrados, el aire inundaba sus pulmones, su sangre, los dedos de sus pies, y sabía que podía lanzarse a volar.

Hacía ya años, recién salida del hogar familiar, había vivido al borde del abismo de la libertad, pero su juventud le había arrojado a las aguas turbulentas que le llamaban desde abajo, y se había arrojado sonriente, sin más equipo que su valentía y su temeridad.

Pero de aquella joven arrojadiza sólo quedaban algunos recuerdos y, lo peor de todo, estas costas no eran las de antaño. Este, su último viaje, le había abierto las puertas a lo desconocido, donde todo estaba por descubrir, y ella sentía las transformaciones de su ser en cada suspiro, cada lágrima, cada paso con que imprimía esas calles con nombres aún impronunciables.

Sin embargo, en la vorágine de ese estado volátil en el que se sabía sin centro, había ciertos movimientos que le confirmaban que, aunque sus planes de triunfo jamás se cumplieran, la transición que estaba viviendo se movía de manera

acompañada, invitándola a no dejar de bailar, a seguir moviéndose al ritmo de los acontecimientos.

Lo que más le inquietaba eran las sospechas que brotaban ante su recién estrenado alivio enfebrecido, a la misma velocidad que antes los consejos de salvación. Un aluvión de dudas le asaltaba mientras lavaba escaleras a mil pesetas la hora. Se atormentaba preguntándose: «¿Me estaré equivocando?», «¿No merezco algo mejor?», «¿Para esto fui a la universidad?»

Sin embargo, se reconocía feliz en su recién estrenada libertad. Aunque esto no le impedía pensar: «Ahora estoy contenta. Pero ¿y después qué?», «Mejor no me entusiasme porque, estas cosas, ya se sabe...».

Cada vez que entablaba una nueva relación no podía evitar preguntarse cómo era posible sentirse tan bien con alguien que acababa de conocer. «Este sentimiento no durará más que unos instantes, no me puedo fiar», pensaba.

De ahí que quizás Lorelei tuviera miedo: a una felicidad culposa, ya que había abandonado todo por nada y, sobre todo, al vértigo de la altura a la que había sido elevada por su nueva condición de completa desconocida.

Había encontrado un trabajo nocturno que complementaba el sueldo de su recién estrenada profesión como profesora de inglés. Consistía en ir a dormir a la casa de un hombre mayor al que una embolia y su desidia le habían dejado medio cuerpo conquistado por la torpeza. Lorelei y su amiga Milagros compartían el acompañamiento: la primera, de lunes a jueves, la segunda, los fines de semana. A Lorelei este acuerdo le permitía salir por la noche cuando no trabajaba, y a su amiga, distraer su casera soledad. Así que las dos jóvenes se turnaban para poner al hombre en la bañera, ayudarle a meterse en la



cama, pedir una pizza Margarita por teléfono, llevársela a la habitación, dormir en una pequeña habitación en suite a la entrada del piso y llevarle el desayuno a la mañana siguiente. Eso era todo. Pero, como suele ocurrir, las apariencias engañan.

Ese atardecer en que se entretenía con aquel álbum de fotos, encontró de pronto una que le impactó especialmente. Salía un grupo de jóvenes con estética ochentena formando un semicírculo y mirando a la cámara sonrientes. En el centro, el que parecía más joven llevaba un sombrero de espantapájaros y sonría desenfadado, directamente al objetivo.

En el mismo instante en que le vio, supo que se enamoraría sin condiciones. En aquel momento, ella no sabía nada de él ni de sus penurias corporales. Pero el brillo de sus ojos atrevidos traspasó la fotografía y la atravesó como una corriente eléctrica.

A veces le pasaba que una fotografía encuadraba un sueño inventado, o unas palabras recogidas en el tren eran justo el final de una frase que había estado persiguiendo con tanto afán. La imaginación le jugaba a menudo una lucha pulso a pulso con la necesidad —quizás impuesta— de ser feliz, metiéndola en el centro de la escena como si el mundo fuera un escenario esperándola para su entrada triunfal. A menudo su vanidad la abocaba a la búsqueda de coherencia, llevándola a confundir indiferencia con perdón, dolor con castigo, deseo con destino.

El segundo mensaje se lo dio Milagros. Los fines de semana la joven pasaba en casa del anciano los dos días con sus noches. Un domingo de finales de primavera, volvió a casa acompañada por el hijo menor del hombre.

—Me ha traído uno de los hijos, seguro que a ti te va a gustar.

—¿Cómo lo sabes?, —preguntó Lorelei, abusando de una supuesta incredulidad.

—Porque tiene pinta de traer problemas, —resolvió su amiga.

Es fácil poner nombre o imagen a la desgracia, pero la felicidad suele ser poco menos que sospechosa. Sobre todo, si viene de la mano de una libertad que en el fondo es enajenación, pérdida, abandono.

Lorelei había dejado su último lugar común a miles de kilómetros de distancia, en un punto perdido del desierto, y en este territorio que intentaba ocupar no tenía mesa donde comer ni cama en la que pudiera reposar sin que le acecharan desconocidos peligros. Perdida la conexión con lo conocido, comenzó a luchar contra la invisibilidad jugando a ser domesticada por esos seres que vivían en las alturas, con sus normas, sus mesas bien puestas y sus camas mullidas. Y ¿qué mejor manera de salir del lugar de la diferencia que mostrarse dispuesta al sacrificio del altruismo?

Fue así como una noche, mientras distraía la vigilia con un libro en casa del hombre, sonó el teléfono. No una, sino dos, tres veces. Lorelei se arriesgó a cogerlo sabiendo que no era a ella a quien buscaban. Pero el hombre dormía, y no quería que se despertara.

Una voz gangosa, entrecortada por la desesperación, la interpelló desde el otro lado de la línea.

—¿Quién eres? —le espetó.

—Soy la chica que cuida a tu padre —respondió ella, adivinando que la voz salía de abajo del sombrero de espantapájaros.

—Ah... Es que estoy desesperado...

—Ya lo veo, ya. ¿Qué te pasa? —y con esta pregunta, ella inauguró lo que sería una larga serie de auxilios, rescates, ataques de

angustia, incursiones nocturnas a las ramblas de Barcelona para intercambiar dinero por mercancía con los hombres africanos que, con el tiempo, acabarían por reconocerla.

Aquella primera noche, después de dos horas y media de teléfono, el joven cambió repentinamente el tono de voz y le dijo:

—Me gusta mucho tu voz, ¿puedo ir a verte? Seguro que eres guapa.

Su nueva inflexión la desconcertó. Se trataba de una conversación de rescate, no de un flirteo nocturno. Pero, tal como estaba acostumbrada al trato con los hombres, accedió a la visita.

—Pero que no se entere tu padre, por favor.

En menos de media hora, chica y chico compartían un porro en la cama de la habitación que ella utilizaba durante la semana mientras estaba en el piso del anciano.

Quizás fuera el hashish, o tal vez la cercanía física, la cosa es que la conversación cambió de rumbo apenas comenzar. Lo que se había iniciado como una llamada de salvación, al mejor estilo del teléfono de la esperanza, se transformó en el inicio de un reconocimiento.

Durante aquel primer encuentro, recostados contra la pared, él estuvo hasta el amanecer acosándola a preguntas:

«¿Por qué estás aquí? ¿Por qué trabajas para mi padre? ¿Por qué llevas el pelo corto? ¿Por qué me has cogido el teléfono? ¿Por qué me has ayudado a salir de la angustia? ¿Qué haces durante el día? ¿Y este fin de semana?»

La segunda noche que se vieron, él la llamó cuando sabía que su padre ya dormía y le dijo que iba para allí. Se presentó con unas cervezas, condones y un chute para antes de irse. Hablaron, bebieron, fumaron, follaron y, cuando ella entrecerró los

ojos, él entró al lavabo, cerró la puerta, salió, le dio un beso y se fue. A la mañana siguiente ella tuvo que tirar la jeringuilla usada al cubo de basura de la cocina, no sin ocultar su vergüenza ante la chica que hacía la limpieza.

A partir de entonces, casi no hubo bar de los barrios del Raval, Gracia y el Ensanche que no les viera deambular cada noche en medio de efluvios alcohólicos y sueños asesinos. Cada noche, ella acostaba al padre y esperaba que se durmiera para que él pasara a recogerla e iniciar el periplo de su vida nocturna. Nunca ella había reído con una ironía tan mordaz, nunca él había sentido tan de cerca el calor de la empatía.

El cuaderno de hojas ajadas guardó para sí una de sus conversaciones noctámbulas en la barra del María, el bar de Gracia lleno de hombretones tatuados montados en Harley Davidson acompañados por chicas con ropa de cuero y largos cabellos negros:

Primero un túnel profundo, luego un destello débil asomando en la oscuridad. Hasta que finalmente él abrió la boca y dejó caer la pregunta:

—¿Qué ves?

—Las pupilas dilatadas —respondió ella. Los ojos demasiado pequeños, como quemados...

Silencio.

—¿Y tú? —continuó ella.

—Comprensión —se atrevió él, antes de que la noche se hiciera impenetrable—. Comprensión —repetió, y cada una de las sílabas de esa palabra abandonada perviviría impregnada del verde ya muerto de sus ojos.

Cada noche reinauguraban el peregrinaje en busca de su particular piedra filosofal. Pero algunas acontecían con más brillo que otras. Lorelei recordaría una en particular.

Había empezado a beber desde muy temprano por la tarde. Primero vino bueno en una copa de cristal; cuando esta se rompió, acabó la botella bebiendo directamente del morro. Luego se tomó dos o tres cervezas bien frías.

Él llegó a la casa del anciano por la noche, con la sangre sublevada, las mejillas exaltadas y una urgencia incontenible en las venas. Se precipitó a la caja donde su padre guardaba el dinero para los gastos diarios, sacó cuatro billetes de cinco mil —la tercera parte del sueldo que ganaba ella cuidando al anciano— y, entre gritos y gestos desesperados, invocó su derecho a gastárselos en su dosis de veneno. Entre amenazas obscenas, comenzó a aullar de celos hacia su hermano por gozar de la confianza de su padre siendo, como era, un gandul. Sus labios lanzaban arañas hambrientas contra su padre por no aceptarle, obviando su condición de hijo.

Intentó convencerle de que devolviera el dinero, pero sólo consiguió que no sacara más.

Salieron del piso del padre y se fueron a un bar de la zona alta, a las afueras, en el monte desde cuya altura se admiraba el derroche de las vanidosas luces de la ciudad. Las curvas de la carretera y la altura consiguieron que Lorelei se emborrachara un poco más. El bar estaba lleno de señoritas y señoritos perfumados que ostentaban un pasado inventado de condes y duquesas. Las vistas desde las alturas hacían soñar con un presente complaciente, a pesar de todo.

—Vamos, te llevo a un bar, después a otro y después a otro.

Bajaron el monte hasta llegar al puerto. Aparcaron el coche y fueron a la Bodega Bohemia.

En tiempos preolímpicos todavía existían sitios al amparo de la contaminación turística que acabó por asentarse en la

ciudad después de años de excavaciones y leyes de limpieza cívica. El Raval estaba lleno de baretos tapizados en madera que exhalaban vapores de sudores alcohólicos, con mesillas de mármol y acero forjado y grandes espejos que dejaban adivinar un pasado glorioso. Cada uno lucía su sello particular y único, con su clientela fija, algunas viejitas en zapatillas de andar por casa, putas buscando clientes y una pequeña dosis asegurada de turistas. La Bodega Bohemia era uno de sus preferidos. En el pequeño y antes glorioso escenario de madera, travestis de piel curtida y peluquines gastados desafinaban tangos para unas escasas tres o cuatro mesas de gente indiferente. En ese ambiente sórdido, Lorelei y el chico nadaban a sus anchas.

Aquella noche imborrable, abandonaron la Bodega cuando el hedor a rancio se les hizo insoportable. Fueron a otro bar, pero no llegaron ni a los lavabos. Después se internaron en la selva de la Plaza Real, apartando vendedores de sueños rotos con su andar alcoholizado. Cuando consiguieron acercarse al puesto de comida siria, Lorelei se compró un *falafel* para asentar la borrachera. Lo comió en uno de los bancos de la plaza, sentada junto a él, que se divertía bromeando con las putas de tacones gastados a las que agosto les vaciaba los bolsos y las hacía deambular más horas de las habituales en busca de algún turista aturdido con dificultades para encontrar su hotel barato.

Cuando Lorelei acabó su bocadillo de garbanzos se internaron en su antro preferido, el Karma, un garito poco iluminado con un gorila en la puerta y una pista en donde lo mismo sonaba reggae que el *Sweet Dreams* de Eurythmics. Iban allí cada vez que podían, no porque les gustara el lugar, sino porque era gratis, estaba en medio de su ruta nocturna y, sobre todo,

porque era uno de los pocos sitios adonde les dejaban entrar. A veces.

Rodeados de bolleras, turistas, macarras, hippies, rockeros, amantes del reggae y ángeles perdidos, Lorelei y el chico sudaban gin tonics hasta el hartazgo. O hasta que el segurata de la puerta le reclamara a ella su promesa de que esa vez no iba a liarla:

—¡Llévate ya, no quiero verlo más por aquí! —le imploraba rojo de rabia.

Entonces ella tenía que arrastrarle fuera del local y dejarle en la plaza, ya que él la consideraba cómplice de su inmerecida expulsión y decidía quedarse por allí «a dar unas vueltas».

Aquella noche, al entrar, Lorelei bajó a la pista y bailó durante horas. Los hombres se le acercaban para ofrecerle tabaco y copas, elogiando sus movimientos acompasados y su cuerpo deseante. El chico daba vueltas por el local con aire distante. Cada vez que venía a ella le decía un par de cosas y luego se alejaba indiferente, para regresar al cabo del rato a marcar su territorio.

—¿Ves lo que te digo? Podrías estar con cualquiera. ¿Para qué pierdes el tiempo conmigo?

Pero Lorelei reía y se dejaba hacer, abandonada a la suerte que otros diseñaban para ella. Siguió bailando y bebiendo hasta tambalearse, aturdida por las luces y el alcohol.

—Me lo estoy pasando muy bien —le repetía, imitando gestos de felicidad aprendidos. Él la sostenía y le daba otra ginebra.

Pero aquella vez él provocó un escándalo más estruendoso de lo habitual. Lorelei tardó en darse cuenta, perdida en el éxtasis del baile, la música y los cuerpos danzantes. Pero la expulsión fue tan sonada que subió hasta la entrada y allí estaba el chico, fuego en el rostro, espadas en la piel.

Él, que se desvanecía cotidiana e inevitablemente a plena luz del día, carcomido por las tres siglas del virus de última generación que invadía sus células implacablemente, aprovechaba el amparo de la noche para vomitar su rabia sobre quienes disfrutaban de la vida sin la conciencia de lo efímero, como si fueran vampiros cuya única tarea fuera encontrar unas venas lo suficientemente jugosas para seguir andando. En un último intento de redención, lanzaba su bronca para despertarles del sueño de la inmortalidad. O, al menos, así lo interpretaba Lorelei, anclada en su romanticismo, su miedo a la vida disfrazado de altruismo y su procesión de ginebras con tónica.

Esa noche salieron a la plaza sosteniéndose mutuamente como dos figuras de cartón piedra. Avanzaron hasta las ramblas. A partir de allí, la memoria de Lorelei sólo guarda retazos que exceden el marco de la foto, fragmentos maníacos y desordenados de una noche sangrante. Hombres como rascacielos neoyorquinos, del color del ébano, interceptándoles frente a un quiosco de periódicos. Uno acercándosele y preguntando «¿Qué le pasa a tu amiga?». Y el chico contestando: «Nada, es que está un poco borracha». Los billetes pasando de las manos callosas a las palmas oscuras. La bolsita escondida en el bolsillo del pantalón. Lorelei hundiendo la cabeza en el hombro del chico como un avestruz, la lluvia intentando limpiarlo todo, las luces de las farolas como fuegos artificiales, el chico haciendo cola en una farmacia del Ensanche. Ella bajando del coche y yendo hacia el chico con la cartera en la mano. Él cogiéndola de los hombros y reconduciéndola al coche: «No te preocupes, no te he dejado ni un momento sola, no estás sola, yo te cuido». Luego él y ella en la cama casi sin sentido. Él desvestiéndola y metiéndola bajo las sábanas, yendo luego



hacia el lavabo y cerrando la puerta protectora. Ella inmóvil en su borrachera, imaginándole sentado sobre el retrete buscando alguna vena receptiva. Él tendido en la cama junto a ella, vomitando frases como: «Eres la única chica que le gusta a mi padre»; «Nunca me voy a enamorar de ti», «Vete mientras puedas».

La mañana se demostró obscena, como siempre con las resacas. Él había pasado lo que quedaba de noche levantándose a por agua. Ella preocupándose porque no se despertara el padre. Al abrir los ojos Lorelei, el chico se vistió rápidamente y se fue al bar de abajo a esperarla mientras tomaba un café. Ella cumplió con su asistencia matutina con los ojos ensangrentados y bajó corriendo al bar. No sin antes reponer parte del dinero de la caja.

Abajo, él la esperaba con las pupilas como tiovivos de feria. Compraron un billete de la ONCE y se fueron al piso del chico a pasar la borrachera. Antes de dormirse, él le hizo jurar que la noche siguiente dormiría en la habitación de al lado.